

He considerado (1) también por qué los mandó que no llevaran el polvo, y hallo literal la declaración en David, salmo 1. Ha dado las señas del justo y sus felicidades, y tratando de los ingratos (que así lo entiendo yo, pues los opone al agradecido cuando dice que «el varón justo da su fruto á su tiempo», y esto es agradecer), canta este verso: «No así el impío, no así, sino como el polvo que arroja el viento de la cara de la tierra.» Por las cuales palabras se conoce que los mandó limpiar el polvo de los pies, por ser el polvo el retrato y similitud de los ingratos, y de los tales se ha de huir, no solo dellos, sino de cualquiera cosa que se les parezca. Que el ingrato sea como el polvo, se conoce en que así como el polvo ciega al hombre que le levanta, y le ensucia y escurece y enturbia al aire que le alza, así él ofende á quien le saca de su bajeza y le extiende y le sublima. Es pecado tan feo y tan abominable como habeis visto, y tan sumamente pernicioso, que el postrero día del mundo, en que Cristo lo juzgará, la sentencia de los buenos los declara por agradecidos, y se salvarán por serlo, y la de los malos (2) los declara por ingratos, y se condenarán por haberlo sido. Oid á Cristo por san Mateo, cap. xxv: «Entonces dirá el Rey á los que estuvieron á su diestra: Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino que os está aparejado antes de la constitucion del mundo. Tuve hambre, y distesme de comer; tuve sed, y distesme de beber; era huésped, y me albergastes; estaba desnudo, y me vestistes.» Palabras son estas expresadas de paga y agradecimiento á los que le fueron agradecidos en sus pobres con lo que les dió. Oid, ingratos, las palabras de vuestra sentencia: «Entonces dirá el Rey

(1) porque los mandó (Z. F.)  
(2) la (Z. B. F.)

## SOBERBIA.

### TERCERA PESTE DEL MUNDO (a).

Más fácil es escribir contra la soberbia que vencerla. Escribiré lo que es la soberbia para el que la tiene, pues él solo es quien no lo sabe, ni lo quiere aprender de los que lo padecen. Escribiré no sin temor, porque la pluma, desde que (4) abrasó la que volaba en las alas de Luzbel, que en su propia ceniza escribe desconsoladas y eternas tragedias, tiembla en la mano, en temor de la pronunciacion de su nombre. Escribiré de la soberbia; y temo que antes (presumiendo de darla á conocer) incurrié en ella mal que discurriré bien. Por esto me rehúso á mí; y teniendo por sospechosa toda la doctrina de los filósofos, me valdré de las sacrosantas escrituras y de los santos padres, sabiendo que, como en aquellos hay algo bueno, en estos no hay algo que no lo sea.

Más limpieza es buscar joyas en las minas que en el

(a) A principios de febrero de 1636, hallándose QUEVEDO en la Torre de Juan Abad, trabajaba en este discurso, como parece de una carta suya dirigida al duque de Medinaceli.

(4) se abrasó (S.— La soberbia es quien abrasó.)

á los que estuvieren á su mano siniestra: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, que está prevenido para el diablo y sus ángeles. Tuve hambre, y no me distes de comer; tuve sed, y no me distes de beber; era huésped, y no me recogistes; estaba desnudo, y no me distes vestido; estuve enfermo y preso, y no me visitastes» (a).

Ya hemos oído el último encarecimiento de la miseria de los ingratos, el alto y soberano mérito de los agradecidos. Seamos pues agradecidos á Dios por todo y en todo; á todos los hombres: á los buenos porque se les debe, á los malos por no ser como ellos, porque lo dejen de ser. No hagamos usura el beneficio ni intereseamos la caridad. Hagamos bien al que no lo merece, por el que Dios nos hace sin merecerle. Cristo, por san Mateo, cap. v, dice: «Si amais á los que os aman, ¿qué merced recibiréis? ¿Por ventura no hacen eso propio los publicanos?» (3) Y por san Lucas, vi: «Y si hicierdes bien á los que os hacen bien, ¿qué gracias se os deberán; siendo así que los pecadores hacen esto mismo?» Hagamos lo que Dios nos manda, animados destas grandes palabras del doctísimo Agustino: «Nada manda Dios que á él le aproveche, sino á aquel á quien se lo manda. Por eso es verdadero Señor, que no ha menester á su criado, y á quien ha menester su criado.» Este Señor nos manda que hagamos bien á los que nos aborrecen: pues su mandato es merced, agradezcámosle con nuestra obediencia, para que con la piedad que nos redimió captivos, redimidos nos salve en su juicio. Amen.

(a) Disteis, albergasteis, recogisteis, imprimió Sancha.  
(3) San Lucas, (Z. B. F.)

estiércol: (5) asco de que ya se preciò Virgilio; y en que le imitan aquellos que para la verdad cristiana solamente se valen de doctrinas de idólatras, mal guarecidas de su contagio, y dejan las que, aseguradas en el Espíritu Santo, ó establece por canónicas la Iglesia en los dos Testamentos, ó aprueba en la santidad iluminada de los padres. Yo tal vez referiré algo que dijeron los autores de la gentilidad, no para enseñar al cristiano, sino para avergonzar al mal cristiano, con hacer que lea más honesto conocimiento en los gentiles sin verdadera luz y fe, que en el que nació en tiempo que la una alumbró y la otra reina.

No con soberbia desprecio para este grande tratado los grandes filósofos, á quien frecuentemente citan los santos padres y doctores católicos. Obedezco á mi gran Pedro Crisólogo, que en el sermón ci dice así: «Oigan los que del bien de la muerte revolviéron los antiguos volúmenes de los antiguos; empero de su lección no

(5) asco de queja se preciò (Todos los ejemplares.)

podieron lograr conocimiento de virtud ó de consuelo; porque si bien para la tolerancia de la muerte armaron sus ánimos, enjugaron sus lágrimas, enmudecieron los suspiros, acallaron los gemidos, divirtieron los dolores, nada descubrieron á (1) sus lectores de esperanza cierta ó de perpétua vida ó de verdadera vida. ¿Quién al hombre; quién á la sabiduría? — Morir es natural; necesario es morir. Para nosotros vivieron los pasados; nosotros vivimos para los que han de venir; ninguno para sí. Virtud es querer lo que no se puede estorbar. Admite de grado lo que has de admitir por fuerza. La muerte no es antes que venga; cuando viene se ignora. No (2) sientas pues perder aquello que en perdiéndolo no puedes sentirlo. — Empero cuando dijeren estas cosas, todo lo dicen con agudeza, no con vida; porque, de dónde y cuándo y cómo y por quién vino á tí la muerte ignoraron; mas á nosotros el autor de la vida nos declaró el autor de la muerte.»

Las sentencias que de la muerte refiere en este sermón el doctísimo y elegante con soberano saber san Pedro Crisólogo, son literales de Séneca; y no excluyendo en él lo sólido de la doctrina moral, lo excluye en lo demás: porque Séneca y (3) Epicteto, que vivieron en tiempo de los apóstoles, y veían las hazañas de la fe de los cristianos y la perfeccion de la vida, y que la daban al fuego y al cuchillo, no solo con valentía, sino con gozo enamorado, confacionaron con lo que veían lo que escribieron; de tal manera, que su doctrina, con resabios de aquella atencion, es en muchas cosas bien parecida á nuestra verdad: tuvieron por maestros en la primitiva Iglesia á los mártires, y oyeron la doctrina de sus triunfos. Debo al ejemplo piadoso el ponderar que refutando el Santo á Séneca no le nombra, y por perdonar mejor al crédito del autor idólatra, habla antes de muchos de los antiguos, por excusar reprehension á su nombre. Aprendamos de santo Tomás, pues él solo no se contentó con no decir algo contra lo que dijeron, sino que no osó decir lo que en ellos no hallase. Tales son sus palabras en su *Opúsculo confesionario*, cap. 13: «Empero otras muchas cosas hay por qué el hombre se debe abstener con reverencia, las cuales no me atrevo á explicar, porque no las hallo escritas en los santos y en los doctos. Por esto determino dejarlas simplemente á la ilustracion de la gracia de Dios.»

Yo empero seguiré á la doctrina del gran Crisólogo en desconfiar de los filósofos, y obedeceré á santo Tomás en no escribir lo que no hallare en los santos, lo que san Agustín pronunció en el sétimo libro de las *Confesiones*, cap. 20, diciendo de sí «que en los libros platónicos jamás habia podido aprender algo de la caridad y de la humildad». Remito en esto los estudiosos á este capítulo, y al 5.º del libro iii de sus *Confesiones*. Y para desempeñarme, empearé este tratado de la *Soberbia* con la division y definición del (4) angélico doctor.

«Soberbia se dice de dos maneras: la primera cuando excede á la regla de la razon; la segunda por cualquier exceso. La primera siempre es mala; la segunda á veces buena. La soberbia, que siempre es mala, es de tres maneras (5). Primero: Inclinacion á ensoberber-

(1) los lectores (S.)  
(2) sienta (Z. B. F.)  
(3) Epicteto (Z. B.)  
(4) ángel doctor, 2.º. quaest. 152, art. 1. (Z. B. F.)  
(5) Inclinacion (Z. B. F.)

erse por la flexibilidad de la naturaleza ó por la (6) corrupcion del fomes actual. Segundo: Levantamiento contra el precepto, ó desordenado apetito de excelencia en cualquiera cosa. Tercero: Desordenado apetito de excelencia, (7) á que se debe honra y reverencia. La primera es principio y raíz de todo pecado; la segunda es pecado general; la tercera es pecado especial, y es uno de los siete mortales. Los soberbios son en dos géneros: los unos que se exaltan sobre los otros; los segundos los que exaltan algo sobre sí.»

Resta, despues de la division, definir la soberbia. El mismo (8) angélico doctor añade: «La soberbia propiamente es apetito desordenado de excelencia, á quien se debe honor y reverencia; como si dijésemos: La soberbia propiamente mira al defecto de la sujecion del hombre á Dios, segun lo que uno se levanta sobre lo que á él está prefiijo conforme á la divina regla ó medida.»

Conviene que se sepa cuya hija es, y qué descendencia tiene. Mateo Timpio, en su *Mensa Theolo-philosophica*, cap. 53, de la *Soberbia* (a), dice en la cuest. 3, que hay cuatro buenas madres de cuatro malditos hijos. Y lo verifica en la *verdad*, que pare al *aborrecimiento*; en la *prosperidad*, que pare y engendra á la *soberbia*; la *seguridad*, al *peligro*; y la *familiaridad*, al *desprecio*. No pueden ser mejores madres ni peores hijos. Desta mala casta está poblado el mundo, que valiéndose de la calidad de quien los parió, disimulan su infamia y la introducen. Segun esto, la soberbia es hija de la prosperidad. Empero ella tiene muchas hijas. Cuéntalas el reverendo padre Antonio Rufo de Tufaria, de la sagrada orden de los Menores, en su (9) *Manuale diffinitionum: Ambicion, presuncion, curiosidad, (10) ingratitud, adulacion, vanagloria, jactancia, inobediencia hipocresia* (b). ¡Oh cuán bien puestas en estado se ven estas hijas en el mundo! ¡Oh cuán casados están con ellas muchos hombres poderosos! No se contenta la soberbia con dar á cada una un marido; no se contenta con ciento, ni con mil. Yo las he visto viudas de algunos, mas no de todos.

He dividido y definido la soberbia, declarando su descendencia y sus descendientes. Necesario es declarar cuál sea la causa de la soberbia en el hombre miserable. Esta yo no la he leído en otro autor sino en estas palabras de san Pedro Crisólogo, serm. ci. «Hombre, cuando tu Autor te hizo á tí de polvo, no lo viste, porque si te vieras hacer, no así lloraras (11) el morir.» Lo demás ya

(6) correccion (Z. B.)

(7) al (S.)

(8) ángel doctor: «La soberbia (Z. B. F.)

(a) En todos los ejemplares, por yerro: se estampa cap. 54. Este libro se retula: «*Mensa Theolo-philosophica, seu conviviorum pulamenta et condimenta suavissima, hoc est Quaestiones symposiacae, factae quidem, seriae tamen et multa gravitate conditae, nec non per lxx Locos communes dispositae studio et industria Matthaei Tympii Theol. — Monasterii Westphaliae. Apud Michaellem Dalium. Anno m. dc. xix.*»

(9) *Manual* (Z. B. F.)

(10) integridad, adulacion (S.)

(b) Se da noticia individual de tales hijas á la pág. 352 de la obra, cuyo título es: *Manuale locupletissimum fere omnium tum diffinitionum, tum et descriptionum eorum, quae in quibuscunque conscientiae casuum materiis, atque solutionibus occurrere solent... Per Rever. adm. Patrem Fr. Antonium Ruffum de Tufaria Ord. Min. de Observantia Prov. Terrae laboris. Venetis, m. dc. xxxiii. Apud Joan. Antonium Julianum.*

(11) al morir. (S.)



está en la *Primera peste*. Bien hubo gentiles que dijeron que el no conocerse el hombre era ocasión de su soberbia y ruina. Eso enseñaron con aquellas palabras ricas de salud: «Conócete á tí mismo.» Empero la razón desta salud solamente la alcanzó mi Santo, que con cada palabra excede en precio todas las doctrinas de los filósofos. Cierta es que el soberbio no se conoce. ¡Mirad qué podrá conocer quien no se conoce! Aprendió todo este discurso san Pedro Crisólogo, de Cristo, cuando curó al ciego de nacimiento, que para darle vista le puso tierra sobre los ojos con que viese, para que la viese y se viese. Bien se conoce que el Santo tuvo este milagro por lección, con el discurso de no verse el hombre hacer polvo y con la ceguera que de su nacimiento tuvo. ¡Extraordinario colirio, sanar los ojos con el polvo que los ciega! A Dios nadie le puede quitar nada; el soberbio solo lo intenta. ¡Tal es su perdición! Y cuando esto no puede, dándose todo á sí, nada le da á Dios. ¡Tal es la locura de sus pretensiones; tal la iniquidad de sus obras! Quien á Dios da nada por darse á sí, antes se quita á sí mismo que se da. ¿Cómo dará á Dios algo el soberbio que nada conoce de Dios? De manera que tan sin Dios es lo que da como lo que niega. Por esto el soberbio es el declarado enemigo de aquellos dos preceptos en que dijo Cristo estaban la ley y los profetas: «Amar á Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como á sí mismo.» Pues quien á Dios da nada, antes aborrece á Dios que le ama. Quien se da á sí mismo á sí, no conoce prójimo, no le consiente; solo le es prójimo su castigo. Y así como la caridad está en todas las virtudes, dándoles vida, así la soberbia asiste en todos los pecados, alimentándolos de muerte. No hay pecado sin soberbia, ni soberbia á quien falte algún pecado. Por esto es sumamente á Dios aborrecible, y contra los soberbios llama David á Dios repetidamente Dios de las venganzas: «Dios de las venganzas, señor Dios de las venganzas, libremente obró. Engrandécete tú, que juzgas la tierra; da su merecido á los soberbios (a).» Qué sea lo que merecen los soberbios, y cuál es la retribución que Dios les da, lo dijo el mismo santo rey, salmo 11: «¿Por qué te muestras glorioso en la malicia, tú que eres poderoso en la maldad?» Y prosiguiendo las costumbres del soberbio, llega al vers. 7, y fulmina esta sentencia contra él: «Por eso Dios te destruirá en el fin, te arrancará y te arrojará de tu tabernáculo; y tu raíz, de la tierra de los que viven.» No dice que le castigará, sino que le destruirá. El castigo hácese á los hijos, la destrucción toca á los enemigos y condenados. Dice que le arrancará; no dice que le segará, que es lenguaje para las semillas de buen fruto; no que le podará, que es diligencia para la abundancia de las vides; dice que le arrancará, lo que se hace con los cardos y las malas yerbas. Dice que le arrojará de su tabernáculo, no (1) que le levantará ó mudará, sino con palabra de enojo y desprecio. Todo el lenguaje es de indignación. Y porque no le quede esperanza al soberbio en lo por venir, dice que arrancará sus raíces de la tierra de los que viven. En esta tierra no ha de quedar del sucesión ni memoria. Planta que teniendo sus raíces en la tierra,

(a) Salmo xciii.

(1) le levantará (Z)—levantará (B. F.)

de que fué (2) hecho, la olvidó y osó contra Dios, que (3) le hizo, no es justo que sus raíces estén en la tierra. Quien fué tan rudo, que teniendo alma racional, no supo aprender la política de los árboles, solamente vegetativos, bien es que sea arrancado. El árbol, cuanto sube al cielo con sus ramas, tanto se va descendiendo con sus raíces en la tierra; y cuanto más se ahonda y arraiga en la tierra, tanto más seguramente se levanta. El soberbio todo lo hace al revés: tanto como se levanta á las nubes, tanto se olvida de (4) la tierra; y su pretensión es apartar sus raíces tanto della, que estén más altas que las cimas de todos. Por esto, aunque no le derriben, se cae: por esto es forzosa y grande su caída, y mayor su locura. En razón desto, en el mismo salmo, consecutivamente dice David: (5) «Veránlo los buenos, y temerán y reirán sobre él, diciendo: Veis el hombre que no puso en Dios su confianza, antes esperó en la multitud de sus riquezas y prevaleció en su vanidad.» Parece que juntó el Santo rey cosas incompatibles, diciendo que los justos, viendo arrancar de raíz los soberbios, temerán y reirán; por ser el temor más contrario á la risa que á la melancolía. Dos cosas se han de considerar en el soberbio: el castigo y la locura con que le mereció. Temerán los justos considerando el castigo; reirse han de la locura. Y de verdad la alegría de los justos nace del temor que (6) los justos tienen á Dios. Así es principio el temor de Dios de la alegría como del saber. Temer á Dios y reirse del que no le temió, todo es temer á Dios y enseñar á que le teman. Y no es pequeña parte del castigo de los soberbios la risa de los justos. No es la menor pena de los malos y soberbios el que los buenos se rían sobre ellos, sino la mayor, y mayor que ser destruidos. Lo que Dios hizo con Luzbel es lo que dice David que hará con todos los soberbios: á Luzbel le destruyó, dejándole la naturaleza de ángel, sin la gracia de ángel; arrancóle con la palabra *Quién como Dios*. Arrojó de su tabernáculo al que pretendía reinar en el eterno de su Criador; arrancóle con todas sus raíces (que fué el séquito amotinado de tantos espíritus comuneros como siguieron su rebelión) de la patria de los que viven, que es el cielo, y arrojóle á la de los muertos á padecer, en noche sin fin, desesperación eterna.

La soberbia fué fundadora de los primeros herejes, y los primeros herejes fueron los ángeles soberbios. Fué tan agradable á Dios su vencimiento, que (7) al arcángel soberano, que como capitán suyo los derribó, desmintiéndolos con la palabra *Quién como Dios*, se le dió por nombre y blason. (8) Eso quiere decir *Michael* en la lengua sagrada. Muchas cosas enseñó Dios á los reyes de la tierra en esta batalla y con la persona de san Miguel. Lo primero, á honrar los generales que vencen y alcanzan victoria en nombre de su señor; lo segundo, en no mudar de general cuando sirve bien. A san Miguel, porque venció esta batalla, le encomendó su pueblo y le tiene nombrado para la postrera que tendrá contra el Antecristo. Sepan todos los que como valien-

(2) hecha, (S.)

(3) la (Id.)

(4) tierra; (Z. B. F.)

(5) «Veránlo los buenos, (S.)

(6) tienen á Dios. (Id.)

(7) el ángel soberano, (Id.)

(8) Esto (Id.)

tes católicos se (1) opusieron á los herejes, que tienen de su parte á san Miguel, que acabó con los primeros en Lucifer y su séquito, y acabará con los últimos en el Antecristo y sus secuaces. El primero solar de la guerra fué el cielo, (2) en el primero principio de las criaturas con guerras. El mundo empezó con guerra, y con guerra se acabará, y guerra es la vida en él. No hace á la guerra noble esta antigüedad, sino temerosa. El pecado fué ocasión de la guerra en el ángel y en el hombre. Por eso Cristo, Dios y hombre, que vino á librarnos del pecado, nació pregonando (3) paz por la boca de los ángeles, y mandó á sus discípulos que la fuesen repartiendo por donde fuesen. Y cuando él iba al Padre, dijo que nos daba su paz y que nos la dejaba. De aquí se colige que la guerra fué invención de la soberbia, y la paz de la humildad.

Siguiendo la soberbia á su naturaleza, sigue á los poderosos, y ellos la siguen. No es opinión mía: (4) ¡cuán sabrosamente lo dice Antonio Abad, epíst. n. ad (5) *Arsenoitas*! «Cosa cierta es que, como por sí conozca el demonio que por soberbia y vanagloria fué derribado del cielo, por eso él acomete á los que llegaron á la mayor medida (a).» Mostró en este discurso Satanás la agudeza de ángel y la malicia de diablo, pues colige contra los hombres que si la grandeza hizo al ángel demonio, sabrá hacer demonio al hombre; y usa della como de único artífice de condenados, asegurando de experiencia que él padece. No por esto dejó de confesar que hay pobres soberbios. Es cierto que los hay y que son los más insufribles de todos, porque su arrogancia nace de la iniquidad y desorden de sus potencias. Son soberbios rabiosos. La soberbia es una misma en el que tiene mucho y el que tiene nada. Aquel tiene con que ser soberbio, y este lo es porque no tiene con qué. Tan soberbio es hoy Lucifer, que no tiene qué perder, como cuando tuvo qué perdiese. Ella acompaña al poder, y no se olvida de la miseria. No hay vicio que no esfuerce y agrave, no hay virtud que no acometa. Oigamos esta advertencia de san Agustín: «Todos los vicios solo pueden en las cosas mal hechas. La soberbia sola se ha de apartar en las buenas obras» (6). Entrase á paso descubierto en los pecados, deslizase secreta en las virtudes, con más miedo en aquellas, no con menor daño en estas. Son el ayuno y la limosna dos hermosas hijas de la caridad, reina de las virtudes. Tal es, que si se apartan, se hechan mucho menos la una á la otra. Mi Santo (b) las juntó, y dijo el gran daño que resultaba de apartarlas (sermon viii, *De jejunió et elemosyna*): «Quien no ayuna para el pobre, á Dios finge. Quien ayunando no da su comida, sino que la ahorra, á la codicia ayuna, y no á Cris-

(1) opusieron (S.)

(2) el primer principio de las criaturas son guerras. (Id.)

(3) la paz (Id.)

(4) ¡oid cuán sabrosamente (Id.)

(5) *Arsenoitas*! (Z. B. F.)—*Arsenius*! (Id.)

(a) Del eremita san Antonio Abad se conservan siete cartas dirigidas á varios monasterios de Egipto, siendo la más notable la dirigida á los arsenoitas. Floreció el Santo en los tiempos de Constantino y sus hijos. Verdadas las cartas al griego, lo fueron después al latín. En este idioma hay una impresión rara, hecha en Amberes por Juan Steelsio, año de 1540.

(b) *De Natur. et grat.*, cap. 27.

(c) San Pedro Crisólogo.

to.» Da la razón desto doce renglones antes: «El ayuno sin la limosna es simulacro de la hambre; de ninguna manera es imagen de santidad. El ayuno sin piedad es ocasión de avaricia, no es propósito de templanza, porque esta abstinencia cuanto se enflaquece en el cuerpo, engruesa la bolsa.» ¡Grande y católica doctrina! No puede negar el rico que, si no da de limosna lo menos que gasta ayunando, que su ayuno es ahorro y avaricia.

Pues en estas dos virtudes tan poderosas se introduce la soberbia disfrazada de la hipocresía. Mateo, 6: «Cuando haces limosna no toques trompeta, como hacen los hipócritas en las sinagogas y plazas, para que los honren los hombres.» ¿Veis cómo la soberbia, arrebozada de la hipocresía, usa de sus aparatos en la limosna, tocando trompetas, buscando aplausos en las plazas? Veis cómo se descubre en querer que por la limosna le honren á ella, y no á Dios? Su tema de la soberbia y del (7) soberbio es querer para sí la gloria de Dios. Mendigó de los sucesos algún rasgo desta doctrina la gentilidad, pues temió tanto las malas andanzas de la soberbia y lo secreto de sus engañosas jornadas contra las mismas virtudes, que ordenaron el ostracismo y el petalismo, con que desterraban de la ciudad á todos aquellos que excedían á todos en alguna virtud, ya fuese en poder, ya en riqueza, ya en saber, ya en virtud; que como (8) sabían que todas estas cosas excelentes quedan acechadas de la soberbia, á los que las tenían los desterraban, si no por soberbios, por hombres espiados de tan pernicioso vicio. Prudente advertencia será recatarnos en el mundo, no solo de los que son soberbios, sino también de su sombra. Toda esta es doctrina de las palabras referidas de san Agustín.

Malditas son las obras deste pecado; destruye las virtudes, y origina y crece los vicios. Su propiedad es destruir no solamente á los otros, sino á sí propia, y sus cosas y codicias. Bien nos lo dice de sí propio aquel rico soberbio del Evangelio, *Lucas*, 12: «La heredad de cierto hombre rico llevó muy abundantes frutos; y pensaba entre sí diciendo: ¿Qué haré, que no tengo donde cerrar mi cosecha? Y dijo: Esto haré: destruiré mis trojes, y harélas mayores, y allí juntaré todo lo que ha nacido para mí y mis bienes. Y diré á mi alma: Anima mía, tienes muchos bienes juntos para muchos años; descansa, come, bebe y banquetea.» Mirad al soberbio avariento cómo olvida que los pobres son las trojes donde ha de guardar la abundancia que le sobra. Miralde cómo piensa entre sí, porque fuera de sí no hace caso de nadie, y esto porque la soberbia le tiene fuera de sí y de su conocimiento. Oid lo que dice: preguntase «qué haré, que no tiene adónde juntar su cosecha.» Solo esta verdad dijo, que no tenía dónde juntarla; porque lo que la avaricia junta y la soberbia blasona no se junta, antes se derrama y se pierde. Oid el parecer que su soberbia da á las (9) dudas de su codicia: «Destruiré mis trojes.» ¿Veis cómo empieza por destruir lo mismo que tiene para guardar? Añade que las hará mayo-

(7) soberbio (S.)

(8) saben (Z. B. F.)

(9) deudas (S.)



res. Este es el hipo de la soberbia, hacerse (1) mayor y ensancharse; y esto con fin de juntar todo lo que ha nacido para él y sus bienes. ¿Veis cómo contradice la caridad y olvida el precepto de amar al prójimo como á sí mismo? ¿Cómo niega á Dios la obediencia, y el socorro al pobre, llamando bienes suyos los que son de Dios, que se los da sin merecerlos, pues él los niega á las necesidades á que los debe? Oid el soliloquio dél con su alma: «Alma, tienes muchos bienes para muchos años;» no sabiendo (2) cuántos días ni cuántas horas tenia de vida. Llama bienes del alma á los que no lo son aun verdaderamente del cuerpo. Manda á su alma que se quiete en la gran cantidad de cosechas; no pudiendo quietarse el alma sino en el sumo bien, que este soberbio desprecia, que este avariento olvida. Aconseja á su alma que coma y beba; porque estos procuran que sus almas se vuelvan cuerpos, sabiendo que el alma solo tiene sed de la gracia de Dios, que es agua viva. Así lo dijo David: «Tuvo sed de tí, Señor, mi alma;» y en otro salmo: «De la manera que el ciervo desea las fuentes de las aguas, así, ó Dios, te desea mi alma. Tuvo sed mi alma de Dios, que es fuente viva.» Estos soberbios no quieren de Dios algo, porque no quieren reconocerle en algo. Este ya se ve que es aquel soberbio de que he hablado, que se gloriaba en su malicia y prevalecia en su maldad; que como dice aquel salmo: «Veis el hombre que no puso á Dios por su ayudador, sino que confió en la multitud de sus riquezas.» Pues como es el mismo soberbio en la culpa, lo es en el castigo. En el salmo se dice que Dios (3) lo destruirá, le arrancará, le arrojará de su tabernáculo, y sus raíces de la tierra de los que viven. Veis aquí que lo que Dios prometió por el profeta rey (4) lo cumple. Díjole Dios: «Necio, esta noche te arrancarán el alma. Lo que aparejaste ¿cuo será?» Necio le llama, porque la mayor necedad del hombre es la soberbia. Dice esta noche, porque estos no (5) viven claridad ni día; por eso siempre andan tropezando y cayendo. En todos los soberbios tiene Satanás casa de aposento, en todos es huésped; así lo fué en este como en Júdas. Mi Santo sobre esta parábola (sus palabras son tales, que con la singularidad lo nombran): «¿Miserio á quien hicieron la fertilidad estéril, la abundancia congojado, la copia cruel, las riquezas mendigo! La heredad humana alimentaba al inhumano señor; y lo que largamente daba la tierra, lo juntaba y cerraba con estrechez, para ser guarda de lo ajeno quien no quiso ser propagador de lo propio; ingrato á Dios, para sí malo, enemigo de los pobres, afrenta de los ricos, cárcel de la naturaleza.» Todos estos efectos testifican la asistencia de Satanás en su corazón, la cual declara el gran Padre pocos renglones más abajo con estas palabras: «¿Qué haré?» Voz es de quien pregunta. ¿Y á quién piensas que preguntaba este? Había otro dentro dél, porque ya el diablo, su poseedor, se había entrado en sus entrañas; y quien se entró en el corazón de Júdas, se ha-

(1) y ensancharse; (S.)  
(2) cuántas horas tenia (Id.)  
(3) le (F. S.)  
(4) cumple. (S.)  
(5) ven claridad (F. S.)

bia entrado en el secreto de su mente.» No puede ser uno avaro ni invidioso ni ingrato, sin ser soberbio, sin despreciar á todos por sí, sin aborrecer á todos por amarse á sí, sin acordarse que para honras y hacienda hay otros, y no él solo.

Esta enfermedad adolecieron mortalmente los judíos. (6) Eran soberbios por sí y por todos los que los trataban y se fiaban dellos. Con novedad acompaña este lugar con el suceso del Centurion: «Y como oyese las maravillas de Jesus, envió á él los ancianos de los judíos, rogándole que viniera y (7) salvara su criado. Mas ellos, llegando á Jesus, le rogaban con solicitud, diciéndole: Porque este es digno de que hagas lo que pide; ama á nuestra gente, y él nos edificó nuestra sinagoga.» ¡Qué palabras tan arrogantes y soberbias por el que se los encomendó y por sí mismos! Dicen que es digno de que Cristo le conceda lo que pide, porque los ama y los ha obligado; y esto, porque los soberbios solos tienen por dignos á los que los quieren y los sirven. Mas el Centurion, que conocia tocados desta peste á los judíos, y sabia que no hablaban sin la nota de la soberbia, «envió unos amigos; y llegándose á Cristo el Centurion, y rogándole, dijo: Señor, mi criado yace en mi casa paralítico, muy apretado. Respondióle Jesus: Yo iré y le curaré. El Centurion respondió: Señor, no te canses, porque no soy digno que entres en mi morada.» Mirad, para defender su humildad, cómo diciendo que no era digno, desmintió á los ancianos de los judíos en su cara, que habian dicho á Cristo que era digno. Tan bien supo el Centurion conocer la soberbia de los judíos como la omnipotencia de Jesus, y por eso Cristo le premió, no con la salud que pedia, sino con canonizar su fe. Y la santa Iglesia, continuando el honrar sus palabras y humildad, ordenó que antes de dar el santísimo sacramento de la Eucaristía diga el sacerdote á los fieles, para exhortarles á (8) humildad reverente para recibirle, las propias palabras que el Centurion dijo: «Señor, no soy digno de que entreis en mi pobre morada.» Cristo exaltó con inmensa alabanza su fe, y la iglesia de Cristo ensalza con divina recordacion perpétuamente su humildad, en sus palabras. Cuanto Cristo ama la humildad, (9) aborrece la soberbia. Esto nos enseña san Cipriano, epist. LV ad Cornelium: «La exaltacion, la hinchazon, la arrogancia, la fanfarronería, no son del magisterio de Cristo, que enseñó la humildad; antes nacen del espíritu del Antecristo.» Que los judíos fuesen entregados á la soberbia, y que della proceda la dureza de su corazón, san Jerónimo lo dice del sagrado Evangelio, tratando de la soberbia, epist. XLV (a): «El pueblo judío, porque pedia las primeras cátedras y las primeras saluciones en las plazas, fué berrado.» Por limpieza que afecten en lo que escriben los que imitan á estos fariseos (10) en codiciar las primeras cátedras y las primeras cortesías en las plazas, el mismo borron confundirá con ellos sus doctrinas. Con

(6) Están soberbios (S.)  
(7) sanara su criado. (Id.)  
(8) la humildad (Id.)  
(9) tanto aborrece (F. S.)  
(a) Hay yerro en la cita. Esto se halla en la epístola XI ad Antonium Monacum.  
(10) codiciaren (Z. B. F.)

suma grandeza difine, y con singular novedad, á la soberbia el gran padre san Gregorio Niseno in Vita Moysis: «Alligieronse con la golosina de los manjares los egipcios, por lo cual las serpientes fueron enviadas; y con el simulacro de la serpiente, que pendia del madero, guarecian. Así la fe del Crucificado aun en figura sanaba. Empero, como tuviesen por cosa humilde y despreciada guardar sus ritos, procuraron introducirse en el orden sacerdotal, y no tuvieron vergüenza de repeler á aquellos que por permision divina habian adquirido aquel ministerio; mas muchos dellos fueron de la tierra tragados, y otros con rayos encendidos. Enseña pues, á mi entender, con esto la historia el fin del sobrecejo y arrogancia, y á definir así la soberbia: La soberbia es bajada á los infiernos. Empero, si de la fuerza de la palabra á muchos pareciere lo contrario, porque el soberbio quiere decir el que está sobre los otros, no te admires; yo quiero seguir más la verdad de la divina historia que la imposicion de los nombres, pues si algunos se quieren levantar sobre los otros, por la abertura de la tierra son precipitados á lo profundo. Y así, no se ha de despreciar la difinicion cuando decimos: La soberbia es caída á lo hondo.»

¿Quién se atreverá á no seguir esta difinicion de la soberbia, si no fuere la misma soberbia, y más cuando vemos que toda la vida de Cristo y su encarnacion, y toda la vida de su Madre santísima fué una perpétua humildad en contradiccion de la soberbia? Nace de Madre pobrísima, elige por padre un carpintero, y en un portal entre bestias, tiene un pesebre en lugar de cuna, rescátase como pobre en la circuncision, siendo el Señor de quien son vasallos los cielos y la tierra y todas sus poblaciones. Huye á Egipto aquel poder y brazo de quien ninguna cosa puede huir. Llama por apóstoles y pobres compañeros, (1) pescadores. No tiene dónde reclinar la cabeza; es calumniado y perseguido con soberbia, es vendido por uno de los suyos, negado y dudado de otros dos, y dejado de todos. Préndenle como á facinoroso, condénanle como delincuente, crucifícanle, como á malhechor, entre dos ladrones, no habiendo pensado hurto; toma forma de siervo. Ved si es divina contradiccion de la soberbia del hombre esta humildad inmensa del (2) hombre-Dios. Pondero aquí bien en su lugar, que luego que la Virgen María concibió á Cristo y se llamó esclava, escogiéndola por madre; en la visitacion de santa Isabel, cuando oyó ella alabanzas suyas, dictadas del Espíritu Santo, y el fruto de su vientre fué adorado en el suyo de Juan (que antes de nacer conoció por Señor al que siendo primero, naciera despues),—á todo el aplauso desta majestad respondió diciendo: «Engrandece á Dios mi alma, y alegróse mi espíritu en el Señor, que es mi salud, porque miró la humildad de su esclava. Por esto me llamarán bendita todas las generaciones, porque me hizo grande el que es poderoso, cuyo nombre es santo, y su misericordia pasa de una progenie á otra en los que le temen. Hizo el poder con su brazo, desparramó los soberbios con la mente de su corazón, derribó á los poderosos de su asiento y exaltó á los humildes, llenó de bienes á los hambrientos, y despidió á los ricos vacíos.» (3) A este

(1) unos pescadores (S.)  
(2) hombre y Dios (Z. B. F.)  
(3) Este (Id.)

cántico, lleno de divinos misterios, le podemos llamar evangélica profecía de María Santísima. Era razon que ella evangelizase antes que todos. Aquí fué la primera que dijo claramente quién era su Hijo, y á lo que venia, y lo que habia de hacer. Y la causa que dá á su eleccion para madre suya y reina de los ángeles, es porque miró la humildad de su esclava. En estas palabras dijo los inmensos premios que la humildad granjea de Dios, y luego pasa á los castigos de la soberbia. Dice «que desparramó los soberbios»; y por ser doctrina tan importante, repite que derribó los poderosos de su asiento y exaltó á los humildes; porque en la distribucion de la divina justicia estos siempre truecan lugares. Caen los soberbios para que los humildes se levanten. Son los humildes como el agua encañada, que tanto cuanto baja puede subir en alto. Son los soberbios como el humo (así lo dice el gran padre san Buenaventura), que cuanto más se levantan, más se van desvaneciendo en menores globos, con que brevemente desaparecen, no dejando otra señal de sus caminos sino tizne y hollin. Añade la Virgen Santísima «que llenó de bienes á los hambrientos, y que despidió vacíos á los ricos». Veis aquí la eleccion de los apóstoles. Veis aquí el precepto que les dió, de que lo dejasen todo y le siguiesen. Veis aquí lo que los apóstoles hicieron cuando lo dejaron todo para seguirle. Veis aquí lo que le mandó que hiciese á aquel rico que le preguntó cómo alcanzaria el reino del cielo. Veis el milagro de los panes y los pees. Veis la historia de Lázaro y el rico-avariento. Veis aquí el artificio del riego del agua de vida, Cristo, con que se fertilizan las almas, donde los arcaduces llenos se vacian, y los vacíos se llenan. Veis aquí la igualdad y la razon de las balanzas en el peso de la divina Justicia. Cuanto el rico llena y carga su balanza para crecer y aumentarse, tanto más se baja, levantando con lo que se derriba la que está vacía del pobre, que la cargó de bienes (4) del cielo, que siempre camina á su patria, como los otros temporales descienden á su centro.

Por esta comparacion se ve que el soberbio mismo se hunde y desciende; lo que el gran padre Niseno dijo, y que juntamente con su depresion levanta al humilde. Socórreme la memoria con dos versos de David: «¿Quién como Dios nuestro Señor, que habita en las alturas, y mira lo humilde en el cielo y en la tierra, levantando de la tierra al pobre y enderezando del estiércol al necesitado?» El Profeta Rey empieza á tratar de la humildad, y empieza por las palabras que fueron y son y serán castigo de los soberbios: «¿Quién como Dios?» Y luego, para decir quién es Dios, dice que es en todo diferente de los soberbios; con (5) que muestra que estos son en todo contrarios á Dios. Nadie, sino Dios (dice), habitando en las alturas, mira lo humilde en el cielo y en la tierra: y esto porque el soberbio, habitando en las profundidades de la tierra, solo mira lo alto en el cielo para competirlo, y en la tierra para tiranizarlo. Parece cosa extraña decir que mira Dios lo humilde en el cielo, donde todo es gloria, premio soberano, vida eterna y grandeza. ¡Oh grande misterio en una palabra! Es á Dios tan grata la humildad, que en el cielo la mira como á pobladora del cielo, y en la tierra

(4) de cielo (Z. B.)  
(5) lo que (S.)